

Biografía histórica y anarquismo: El caso de Juan Segundo Montoya (1899-1988)

Historical biography and anarchism:
The case of Juan Segundo Montoya (1899-1988)

Eduardo Godoy Sepúlveda¹

RECIBIDO: 25 DE OCTUBRE DE 2018 | **ACEPTADO:** 28 DE NOVIEMBRE DE 2018

RECEIVED: OCTOBER 25, 2018 | **APPROVED:** NOVEMBER 28, 2018

RESUMEN

El propósito del siguiente artículo es reflexionar en torno a la utilización del método biográfico (y sus limitaciones) en el análisis de la cultura y la política libertaria en Chile durante el siglo XX, para lo cual se ejemplifica con el caso del anarquista y naturista Juan Segundo Montoya (sujeto nodo), ya que nos permite tipificar una experiencia concreta de clase y describir su accionar y rol propagandístico en el sur del país, en especial, durante la segunda mitad del siglo XX caracterizado por la marginación del anarquismo en el seno del movimiento obrero.

Palabras clave: Biografía, anarquismo, anarcosindicalismo, cultura libertaria.

73

ABSTRACT

The purpose of the following article is to reflect on the use of the biographical method (and its limitations) in the analysis of libertarian culture and politics in Chile during the 20th century, for which it is exemplified by the case of the anarchist and naturist Juan Segundo Montoya (subject node), since it allows us to typify a concrete class experience and describe its actions and propaganda role in the south of the country, especially during the second half of the 20th century, due to the marginalization of anarchism within the labor movement.

Keywords: Biography, anarchism, anarcho-syndicalism, libertarian culture.

¹ Candidato a Doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Chile.
Correo electrónico: edo.godoy.sepulveda@gmail.com

INTRODUCCIÓN

El año 2014 el Sello Editorial de la Universidad de Santiago de Chile publicó el perfil biográfico que escribimos sobre el anarcosindicalista y naturista libertario Juan Segundo Montoya Nova (1899-1988), como parte de la Colección Grandes de Chile, la cual tiene un carácter descriptivo y de divulgación. En ella destacan, entre otras, biografías de figuras tan dispares como la del líder indígena Michimalonco y Diego Portales, primando en una gran proporción las de hombres “públicos” por sobre las de mujeres. En este sentido, el pequeño libro sobre la vida de Montoya era parte de un esfuerzo mayor que, pese a sus limitaciones, buscaba visibilizar las trayectorias militantes de anarquistas que aportaron en los procesos de politización popular durante el siglo XX en Chile poniendo en práctica los postulados del anarquismo inclusive más allá de su desestructuración y de las profundas discusiones que lo diezmaron durante la década de 1940. Sin embargo, no contempló, dado su carácter, una reflexión en torno al método biográfico, lo que buscamos aportar en el siguiente artículo. Tras la escritura del perfil sobre Montoya nos dimos cuenta de las potencialidades del género biográfico, el cual en complemento con la historia social, política y cultural, nos permite profundizar en torno a las trayectorias de aquellos sujetos que tuvieron amplias militancias en el seno de movimientos políticos que buscaban trastocar el régimen imperante tipificando experiencias concretas de clase. En el ejercicio mismo de la elaboración del perfil biográfico de Montoya pudimos constatar la importancia de la historización de los contextos no sólo organizativos y políticos, sino también geográficos, sociales y culturales, en los cuales desarrollaron sus actividades propagandísticas sujetos de carne y hueso. También la importancia de reconstruir la labor infatigable desplegada por sus militantes, pese a la persecución y la represión. Para el caso particular del anarquismo son, precisamente, sus adherentes los que “encarnan” (y sintetizan) los postulados, valores y tradiciones de una cultura política (la libertaria) que es múltiple, pero al mismo tiempo compartida y socializada por una comunidad de individuos también diversa y que, por lo demás, no está exenta de polémicas y disensiones. De igual modo, son sus militantes los que ponen en circulación e instalan en el debate público las ideas (y prácticas) permitiendo su sobrevivencia en tiempos aciagos, de represión.

74

Si bien la producción relacionada con la diáda biografía histórica/anarquismo en Chile no ha adquirido aun la importancia que tiene en otros espacios geográficos/académicos -España por mencionar un ejemplo paradigmático (Delhom, 2012, pp. 55-96)-, es posible señalar que en la última década se han realizado investigaciones que han utilizado y relevado el método biográfico al momento de abordar las trayectorias de militantes anarquistas, en especial de aquellos que actuaron en el espacio público en las primeras décadas del siglo XX. Es decir durante su etapa de configuración y consolidación, su etapa heroica (1890-1920).

El año 2004, el historiador Alberto Harambour (pp. 137-193) publicó su artículo sobre la vida de Efraín Plaza Olmedo dando cuenta del espacio social construido por el “horizonte anarquista” y de las discusiones que se verificaron en su interior

a propósito del atentado que perpetró en 1912 (y del uso de la violencia), pero también de la represión desatada por el Estado y las clases dominantes. Al año siguiente, el 2005, el Programa de Estudios y Documentación en Ciencias Humanas (PEDCH) de la Universidad de Los Lagos, publicó el libro de Igor Goicovic sobre la venganza de Antonio Ramón Ramón, en 1914, en contra del general Silva Renard responsable de la masacre de 1907 en la ciudad de Iquique. En su investigación Goicovic traza un perfil tanto del verdugo (Silva Renard) como del vindicador (Antonio Ramón Ramón) y aborda las motivaciones que llevaron a este último a perpetrar su atentado. El 2007 y siguiendo la senda trazada por Harambour rastreamos la represión en contra de los anarquistas Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio (y otros militantes ligados a la Peluquería del Pueblo y al periódico La Batalla) en el contexto de la primera huelga del mono de 1913 y de la reanimación del movimiento obrero después de la matanza de 1907. Investigación en la que es posible apreciar las características particulares del activismo libertario santiaguino y porteño entre 1911-1913 y de los mecanismos utilizados por el Estado para contener sus propuestas y acciones subversivas (Godoy, 2007). Dos años más tarde, el 2009, la Editorial Quimantú publicó el libro de Víctor Muñoz sobre Luis Armando Triviño destacado militante de la *Industrial Workers of the World* (IWW) de la década de 1920. En aquella oportunidad el autor señaló: “Existieron muchos que de forma silenciosa y anónima contribuyeron con sus voluntades y fuerzas a la realización y propaganda de la Idea, y hubo otros (no tantos como los primeros) más visibles que escribieron constantemente en la prensa, se destacaron organizando sociedades de resistencia, centros culturales, o bien fueron víctimas de violentas y bulliciosas persecuciones estatales. Estos últimos son los más conocidos” (p.13).

75

El 2011 fueron publicados las breves investigaciones de Sergio Grez y Víctor Muñoz sobre los anarquistas Magno Espinoza y Julio Rebosio respectivamente. Espinoza en tanto era parte de los primeros anarquistas que actuaron en Chile a fines del siglo XIX y Rebosio de los que lo hicieron durante las primeras dos décadas del siglo XX. En este sentido, sus perfiles grafican momentos diferentes del activismo libertario en Chile y de las características específicas que éste asumió, así como las discusiones en las que estuvieron inmersos sus militantes no sólo al interior del universo libertario sino también con los de otras corrientes políticas e ideológicas que buscaban la redención social. Un año más tarde, el 2012, la revista *Espacio Regional* publicó nuestro artículo sobre el auge del anarquismo y anarcosindicalismo en Osorno como consecuencia del asesinato del militante local Osvaldo Solís (Godoy, 2012). Trágico suceso que permitió que las ideas y prácticas anarquistas arraigaran con inusitada fuerza en la ciudad durante la década de 1930 y comienzos de la siguiente mientras en Santiago y Valparaíso se replegaban. Sin duda, en este proceso jugó un importante rol el arribo de Juan Segundo Montoya a la ciudad.

El historiador Manuel Lagos, en lo particular, también ha incorporado en investigaciones más amplias el enfoque biográfico con la finalidad de dilucidar los perfiles de los anarquistas apresados en el contexto del “proceso de los subversivos” en 1920 (Lagos, 2012, pp. 81-205), pero más importante aún, en el rescate de aquellas mujeres que se desarrollaron en organizaciones de corte libertario durante las primeras

tres décadas del siglo XX (Lagos, 2017; 2019) –y que fueron relegadas de los relatos históricos pese a aquellos esfuerzos pioneros que buscaron posicionarlas y darles protagonismo (Palomera y Pinto, 2006; Palomera, 2015)-. Al igual que Manuel Lagos, el historiador norteamericano Raymond Craib (2018) en su libro *Santiago subversivo 1920* aborda las trayectorias biográficas del poeta anarquista José Domingo Gómez Rojas y del dirigente político Casimiro Barrios (del POS), signadas por la tragedia derivada de la represión y la persecución. Una de las principales características de las vidas rebeldes.

Si ampliamos la mirada, la biografía ha sido cultivada en Chile durante las últimas décadas, pero no se ha reflexionado en profundidad en torno a su importancia desde el punto de vista metodológico y epistemológico². Han primado biografías elaboradas por periodistas y en menor medida por historiadores³. De igual modo, y como consecuencia de las demandas de género, se han publicado perfiles biográficos de mujeres que tensionaron las prácticas sociales y culturales de su tiempo⁴.

En el caso de las biografías elaboradas por historiadores, Jorge Rojas Flores en su artículo titulado “Historiografía chilena reciente sobre el siglo XX: 1989-2014” ha señalado: “Las biografías de Eduardo Frei, Luis Emilio Recabarren, Jorge Alessandri y Augusto Pinochet”, que han sido publicadas en las últimas décadas “han mantenido un formato más [bien] tradicional” (2015, p. 229). Pese a lo anterior, es preciso señalar que la investigación sobre Luis Emilio Recabarren de Julio Pinto se ha llevado a cabo desde una perspectiva social donde se “ha privilegiado su conexión con procesos mayores” (2013, p. 228).

Lo mismo puede señalarse de las investigaciones biográficas del historiador y periodista español Mario Amorós sobre Miguel Enríquez (2014), Pablo Neruda (2015) y Salvador Allende (2018). Línea que ha venido desarrollando desde su tesis doctoral centrada en la figura del sacerdote valenciano asesinado en Chile durante la dictadura de Pinochet, Antonio Llidó (2007; 2016). El historiador Maximiliano Salinas, por su parte, también ha incursionado en el género biográfico. A su obra clásica titulada *Clotario Blest* (1980), se suma su texto de divulgación *Clotario Blest. La causa de un Chile popular* (2011). En ambos ha profundizado en la trayectoria personal y sindical de su biografiado, aunque deslavándolo políticamente⁵.

En el caso mapuche, la biografía se ha cultivado de forma ininterrumpida desde hace algunas décadas. A decir de Enrique Antileo (2017) existe como un “género es-

2 Un esfuerzo considerable lo constituye el n°29 de la revista *Proposiciones* (Ediciones SUR, Santiago) del año 1996 y su dossier: *Historias y relatos de vida: investigación y práctica en las Ciencias Sociales*.

3 Véase, entre otros, Avendaño y Palma (2001); Liger y Negrete (1986); Guarello (2018); Alvarado (2015); Álvarez (2018) y Cayuqueo (2015).

4 Herrero (2017); Álvarez (2017).

5 Habría que agregar también a Echeverría (1993).

pecífico” que recorre los años de los siglos XX y XXI. En este “camino extenso” –como señala- se pueden mencionar las investigaciones clásicas de Ernesto Wilhem de Moebach sobre Pascual Coña (1930) y la de Carlos Munizaga sobre Lorenzo Aillapan (1960), pero también las más contemporáneas de Rolf Foerster sobre Martín Painamel (1983), de Sonia Montecinos sobre Carmela Romero Antivil (1999), de Florencia Mallon sobre Isolde Reuque (2002) y la publicada por Fernando Pairicán sobre la figura del *weichafe* Matías Catrileo (2017). Es precisamente Antileo, a propósito de la biografía escrita por Pairicán, quien ha recalcado las potencialidades del género biográfico en cuanto permitiría, según sus palabras, complejizar “la vida de las personas que queremos reconstruir para poder comprenderlas lo más profundamente posible” (Pairicán, 2017, p. 18). De igual modo nos ayudaría en la comprensión de “sus contextos epocales, construcciones de significados y actividades de mecanismos para el recuerdo y el olvido” (Pairicán, 2017, p. 19).

Como puede apreciarse, el cultivo de la biografía en Chile se ha incrementado en la última década, no obstante, aún falta seguir explorando y profundizando en la relación entre anarquismo y trayectorias biográficas desde la historiografía, en especial, en torno a la labor propagandística y cultural desplegada por sus militantes en la segunda mitad del siglo XX. ¿Por qué? Lo anterior se relaciona con el hecho de que la mayoría de las biografías de anarquistas existentes están centradas en las primeras décadas del siglo XX, por ende, no dan cuenta de cómo se manifestaron las ideas y prácticas libertarias una vez que las propuestas políticas y sindicales estadocéntricas lograron hegemonizar el movimiento obrero en Chile desplazando a las anarquistas que, a mediados de siglo, insistentemente, seguían operando al margen del Estado y la institucionalidad. De igual modo, nos permiten describir y analizar las características que tuvo la cultura libertaria y la labor desplegada por sus militantes para mantener vivas las ideas anarquistas en un contexto caracterizado por el avance de las ideas de izquierda en el continente después de la Revolución Cubana en 1959 y con mayor fuerza en Chile, después del ascenso de Salvador Allende y la Unidad Popular en 1970 y su fatal desenlace.

De ese modo, en el siguiente artículo sostenemos que la biografía histórica nos permite comprender las prácticas políticas y culturales del anarquismo ya que las acciones de sus militantes –“átomos sueltos” como los denomina Christian Ferrer – fueron los que las vehiculizaron y se las tomaron “en serio”, lo que suponía en palabras del autor “volverlas una parte de la existencia tan ineliminable como lo es la actividad de cualquier otro órgano corporal” (Ferrer, 2006, p. 26). Ejemplificaremos, en particular, con la trayectoria individual, biográfica, del anarcosindicalista y naturista Juan Segundo Montoya, representativo de la fecunda labor organizativa desarrollada por los libertarios durante el siglo XX. Con tal ejercicio se busca dar cuenta de cómo el método biográfico nos permite ahondar en las características de una cultura política que desde mediados del siglo XX estuvo en los márgenes producto de su poca capacidad para adaptarse a los cambios y repensar sus postulados, al mismo tiempo que nos permite graficar la actividad específica de los anarquistas en el plano social como al interior del universo libertario.

En este sentido podemos señalar que a pesar de su representatividad, Montoya se caracterizó al mismo tiempo por su excepcionalidad, la cual responde a dos motivos. En primer lugar, por su extensa trayectoria (de más de seis décadas) al interior del movimiento libertario en Chile y su participación en las organizaciones más importantes del siglo XX; y en segundo lugar, por ser un “anarquista sedentario” (Craib, 2017), que a diferencia de los “trashumantes” (Baigorria, 2008) no se caracterizaron por sus desplazamientos transnacionales sino más bien por su capacidad para dinamizar el anarquismo al interior de los países, en particular, en espacios socio-geográficos periféricos. En su caso en Osorno y más tarde en Talca. De este modo, su biografía a diferencia de las antes mencionadas nos permite ampliar la mirada respecto del accionar anarquista traspasando los marcos temporales tradicionales que han circunscrito de forma rígida su accionar sólo para el período 1890-1930.

En relación a su excepcionalidad, dada su extensa trayectoria, podemos señalar que los más emblemáticos y característicos anarquistas del siglo XX en Chile o bien murieron tempranamente, se reconvirtieron desde el punto de vista ideológico o se retiraron a sus hogares cuando el anarquismo perdió protagonismo en la escena pública: Alejandro Escobar y Carvallo uno de los padres de la corriente socialista-anarquista en Chile y uno de los “maestros naturistas” de Montoya apoyó al dictador Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931) al igual que su correligionario Luis Ponce lo que les valió ser desterrados de los relatos historiográficos de izquierdas; el connotado activista Julio Rebosio se suicidó a la edad de 32 años en 1920 después de una prolongada estadía en prisión y persecución por parte del Estado; Celedonio (Enrique) Arenas murió a la edad de 34 años en 1928 de tuberculosis contraída en la cárcel⁶; (Luis) Armando Triviño desapareció de la escena pública en conjunto con la IWW –de la cual fue militante– en la década de 1950, luego de enfrascarse en profundas discusiones ideológicas con anarquistas criollos y argentinos, críticos de su estructura organizativa; Luis Heredia (autor del folleto “El anarquismo en Chile, 1897-1931”) se reconvirtió al mutualismo y apoyó la candidatura presidencial del derechista Jorge Alessandri Rodríguez en 1958; El cegetista Luciano Morgado se desempeñó entre 1970 y 1973 como instructor militar del Movimiento Nacionalista Patria y Libertad; y Ernesto Miranda (ex cegetista también), debido a sus posiciones libertarias heterodoxas (en sintonía con la “nueva izquierda” latinoamericana y con el anarquismo post mayo ‘68 de París) fue criticado y visto con recelo por los anarquistas de planteamientos más clásicos. De hecho, su más férreo opositor fue Juan Segundo Montoya, su antiguo compañero de ruta en la CGT quien en su discurso fúnebre en 1978 señaló que: “no podía sustraerse de despedir a un anarco consecuente, pero equivocado”⁷.

A diferencia de todos los sujetos mencionados, Juan Segundo Montoya (nacido en Minas Plegarias en 1899) desde su juventud (después de una breve, pero intensa

6 Para un perfil biográfico de Celedonio (Enrique) Arenas, véase, Grupo Anarquista Libertad (1959).

7 Entrevista a Óscar Ortiz (2016).

militancia en la Federación Obrera de Chile, FOCh) hasta su muerte en 1988 (a los 89 años de edad) mantuvo y defendió los principios del comunismo libertario, sin cambiar en lo sustancial su discurso respecto de aquellas organizaciones políticas de izquierda que buscaban la transformación de la sociedad capitalista por la vía legal o mediante la instauración de la dictadura del proletariado. De este modo, el análisis de la militancia del anarquista Juan Segundo Montoya, es de su suma importancia en tanto siempre estuvo inmerso en los centros neurálgicos del desarrollo histórico del anarquismo en Chile durante el siglo XX. Es decir, Montoya se constituyó en sujeto “nodo” que era parte de una red de individuos más amplia y compleja, con nexos internacionales, que puso en juego una serie de prácticas “dando lugar a una urdimbre de iniciativas, muchas veces individuales” (Migueláñez, 2018, pp. 41-42).

Desde el punto de vista de la estructura, en el siguiente artículo nos centraremos en un primer momento en el “retorno” de la biografía al interior de la disciplina histórica para, posteriormente, reflexionar en torno a su utilidad y alcances en el análisis de las trayectorias de sujetos anarquistas. De igual modo, haremos alusión a cómo la trayectoria de Montoya en particular nos permite recomponer y analizar la historia del anarquismo más allá de su periodo de desestructuración (la década de 1940), evaluando como fue su desarrollo en ciudades tales como Osorno y Talca en las cuales se manifestó tardíamente y en relación a problemáticas locales.

II. Historiografía y biografía histórica

79

Durante los años 1945 y 1970 se verificó una profunda y beneficiosa renovación metodológica frente a la historiografía tradicional que dio origen a novedosos enfoques que pueden ser englobados bajo el epíteto de “nuevas historias” como han sido denominados por José Luis Gómez-Navarro (1998). No obstante sus importantes aportes, dichos enfoques, relegaron el desarrollo de la biografía presente en la disciplina desde sus remotos orígenes (Dosse, 2007; 2012)⁸. En este contexto, los relatos históricos se convirtieron en un “proceso sin sujeto” -cultivaron un “hombre abstracto”- y teleológico (Gómez-Navarro, 1998, p. 6). Es decir, interpretaron el pasado desde la ideología de la emancipación y el concepto de progreso de la Ilustración, lo que trajo como consecuencia la consolidación de enfoques que relevaron a actores colectivos definidos por criterios socioeconómicos siendo el principal la clase, entendida desde un punto de vista determinista y estático y no como un constructo cultural (Pérez Ledesma, 1997, pp. 201-233). En efecto, diversos enfoques historiográficos (estructuralistas) durante varias décadas consideraron la dimensión material como determinante a la hora de establecer la adscripción ideológica de los actores sociales, en especial de los sectores populares⁹. Enfoques que fueron duramente criticados y

8 Recientemente ha sido traducida y publicada al español una biografía del filósofo Cornelius Castoriadis, véase: Dosse (2018).

9 Para la evolución de la *historia social*, véase Casanova (2015).

sus categorías problematizadas y ampliadas. El historiador argentino Horacio Tarcus (2013, p. 143) ha señalado que la clase: “ya no puede ser considerada como un sujeto homogéneo y abstracto, sino como una articulación social de múltiples y variadas posiciones de sujeto de clase, entre las cuales se reconocen no sólo diferencias políticas, sino también de extracción social, de formación profesional, regionales, generaciones, etc.”.

A pesar de lo señalado, las biografías históricas no desaparecieron del espectro historiográfico sino más bien se convirtieron, como señala François Dosse, en una forma “sospechosa” de hacer historia, en un “género de pacotilla”, desdeñado por la academia historiográfica y relegado de los anaqueles de las bibliotecas de las universidades (Dosse, 2007, p. 103). Sin embargo, desde 1970 los enfoques estructuralistas comenzaron a ser cuestionados de forma profunda, proceso que respondió a varias causas (Gómez-Navarro, 1998; Iggers, 2012). Como señaló el historiador Lawrence Stone en su polémico artículo sobre el “retorno de la narrativa”, eran “más los nuevos historiadores” que se esforzaban “por descubrir qué ocurría dentro de las mentes de los hombres del pasado y cómo era vivir en él” (Stone, 1986, p. 107). Por esta razón, los interrogantes que se comenzaron a elaborar a partir de los aportes de la antropología de Clifford Geertz (2005), no exentos de polémicas y debates, permitieron que el énfasis fuera puesto en los sentimientos, las emociones, las normas de comportamiento, los valores y los estados mentales de los individuos, es decir, en “lo cultural” y en los sujetos. Por consiguiente, se verificó un renovado interés por las estructuras mentales y culturales, pero al mismo tiempo se buscó que los estudios históricos resultaran accesibles no sólo a los eruditos sino también a la gente común y corriente. Además, estos cambios volvieron a conceder importancia a la historia política, la cual incorporó nuevas metodologías y problemas procedentes desde las Ciencias Sociales que permitieron analizar a los actores políticos -individuales y colectivos- no sólo como portadores de una “razón histórica”, sino en tanto seres humanos concretos (Burdíel, 2014, pp. 47-83). En otras palabras -y siguiendo a Birgitte Possing- el cuestionamiento de la historiografía estructuralista (incluida la culturalista) permitió la “rehumanización de la historiografía” al privilegiar en el análisis “cómo una persona puede ser a la vez portadora de cultura y cómo el individuo se descifra en una interacción dinámica y dialéctica con las estructuras sociales” (Possing, 2015, p. 440).

Es en el contexto del retorno de la historia política y su renovación, como sostiene el historiador francés Philippe Levillan (1996), en que podemos entender el florecimiento de la escritura biográfica como forma de conocimiento histórico válido, el cual se ha adaptado –en palabras de Giovanni Levi (2003)-, a los requisitos de la historia social, en especial, la biografía reconstruida en contexto.

En relación a estos planteamientos es preciso preguntarse ¿Por qué centrar la mirada en un sujeto en particular? ¿Cuál es su utilidad desde el punto de vista analítico?

En sintonía con las nuevas perspectivas en el cultivo de la biografía en Europa (Davis y Burdíel, 2005; Burdíel y Foster, 2015) y América Latina (Bazant, 2013; 2018),

coincidimos en que la trayectoria de cualquier sujeto se puede abordar como una biografía social (y cultural) con la intención de explorar tanto al individuo como el más amplio contexto social. Como señala el historiador Chris Ealham en su análisis de la trayectoria del cenetista José Peirats y del anarquismo español: “la historia social tiene mucho que aportar al campo, más antiguo, de la biografía, ya que está claro que las historias de vida y experiencias forman parte de las historias más amplias de los grupos sociales” (2016, p. 18).

Por ende, la contextualización -no sólo económica- resulta trascendental, la cual nos permite “capturar el modo en que el ambiente y las condiciones geográficas, sociales, culturales, religiosas, políticas y familiares afectan a la vida, la identidad, la propia imagen, el status, la visión y el trabajo de un individuo; y el esfuerzo del individuo puede, a su vez, influir en ese ambiente y modificarlo” (Possing, 2015, p. 439). De este modo, concebimos la biografía histórica no sólo como el relato escueto (y lineal) de una vida, sino como un “retrato polifónico” y “enfocado”, en donde el biografiado no constituye un objeto estático y aislado de estudio, al contrario, nos interesa la potencial capacidad heurística, narrativa y proyectiva de los sujetos como “seres sociales” o como claves de acceso y comprensión de sus entornos socio políticos y culturales (Possing, 2015, p. 446).

No obstante, sostenemos que los textos biográficos en cuanto relatos historiográficos presentan una serie de limitaciones en especial cuando versan sobre figuras (contradictorias y negativas para algunos) que han cuestionado de forma radical el sistema de dominación, las que es preciso tener presente al momento de utilizar este enfoque en complemento con la historia social.

La primera limitación se refiere a la fragmentación de la vida de los personajes biografiados. En muchas oportunidades lo que se conoce de éstos es su vida pública. Es decir, su labor propagandística como sujetos históricos en contradicción y conflicto con las ideas y valores de su tiempo. Sin embargo, en muchos casos, la reconstrucción de sus vidas está permeada por la visión distorsionada de sus enemigos, pero también de sus simpatizantes contemporáneos. En este sentido el historiador debe tener cuidado de no criminalizar ni glorificar a su biografiado.

La segunda limitación entroncada con la anterior se relaciona con la tentación de escribir relatos “hagiográficos” a partir de sus “supuestas” vidas “ejemplares” especialmente cuando las fuentes históricas son limitadas y se reducen en muchos casos a periódicos y documentación anarquista o, por el contrario, a los oficios y archivos del Estado. La tentación siempre existe para el historiador social ya que son sujetos que generan simpatía y admiración, sin embargo, hay que considerarlos por lo que fueron: seres humanos comunes y corrientes, con sus “vicios y miserias” y sus profundas contradicciones vitales y existenciales. No hay que dejar de lado que en muchos casos transmutaron en conversiones y re-conversiones ideológicas y políticas, en desertión, traición y dogmatismo. En consecuencia, la biografía, como narración historiográfica debe permitirnos exponer los problemas y discusiones a los que se vieron enfrentados nuestros biografiados. Se debe, por tanto, conectar

sujetos-tiempo histórico-espacio geográfico-ideas, ya que la historia individual de los anarquistas se funde con la historia de sus propios sueños, luchas y acciones, las cuales confluyen y se mimetizan, caótica, pero también coherentemente.

Y la tercera y última limitación se relaciona con el carácter trágico de las trayectorias anarquistas. La historia de los libertarios está ligada a la represión, la tortura, encarcelamiento, y, sin caer en exageraciones, también al asesinato político. Por tanto la historicidad de aquellos sujetos desbordantes de vida está configurada por la transgresión y represión. Es decir, entran a la “gran Historia”, la oficial, a partir de sus acciones disruptivas contra el *status quo*. En este sentido, hay que tener la cautela como historiadores de no elaborar una historia centrada sólo en la represión y la violencia estatal victimizando a los libertarios, ya que si fueron perseguidos no fue por su neutralidad o “pasividad”, sino que por su férreo odio contra lo establecido, pero al mismo tiempo por su profundo amor en el porvenir de la “Humanidad”. De este modo, no hay que concebir a la militancia anarquista como víctima, sino como los enemigos encarnizados del Estado, el capital y de toda autoridad. Sólo así se entiende historiográficamente la violencia estatal y de las clases dominantes contra sus cuerpos e ideas. Y sólo así se entiende la criminalización y difamación del anarquismo inclusive hasta el día de hoy. Los historiadores no pueden ser jueces o jurados, al contrario, su labor consiste en comprender a los sujetos en su contexto, buscando las claves que permitan dicha comprensión.

82

Sólo resta mencionar que el enfoque biográfico puede complementarse con la historia social para analizar el anarquismo en tanto proyecto de emancipación integral que pone su énfasis en la dimensión moral, educativa y cultural de los sujetos subalternos y apuesta por la transformación radical de la sociedad capitalista (Lida y Yankelevich, 2012).

III. ¿Quién fue Juan Segundo Montoya y cuál es su importancia en el análisis del anarquismo en Chile?

Juan Segundo Montoya se inició en las lides políticas y sindicales en el Golfo de Arauco (Minas Plegarias, Curanilahue, Coronel y Lota) a la edad de 24 años, participando en las movilizaciones sociales de los años 1923-1925 como secretario de diversos comités de huelga de la socialista Federación Obrera de Chile. En su calidad de representante obrero desarrolló, asimismo, una profusa actividad en mítines, asambleas y reuniones; gestionó actividades políticas, culturales y sindicales; escribió artículos y manifiestos en la prensa obrera; y viajó por diversos poblados y ciudades esparciendo los postulados de la “Federación” más allá de las fronteras regionales. En su periplo revolucionario conoció la capital, Santiago, y como delegado obrero se reunió con el presidente Arturo Alessandri Palma en “La Moneda” quien lo bautizó

como “el negro Montoya”¹⁰. En el golfo de Arauco se nutrió de la cultura obrera y socialista que la “organización madre” (la FOCh) comenzó a desplegar desde 1919 a lo largo del territorio nacional. Fue en ella y su microcosmos social y político específico en el cual Juan Segundo Montoya aprendió que el “socialismo” no sólo era un discurso, sino que para alcanzarlo había que nutrirlo de una práctica política y cultural permanente, cotidiana, educativa y regeneradora. Para Montoya, teoría y praxis iban de la mano, no se podían disociar. Es por eso que tempranamente combatió sin tregua el consumo de alcohol y se hizo vegetariano ¹¹. Según sus planteamientos, los revolucionarios antes de iniciar un proceso de transformación social radical debían regenerarse ellos mismos, “abandonando” los hábitos y “vicios burgueses”, ya que la regeneración individual llevaría a la colectiva.

En dicho contexto (del Golfo de Arauco), de igual modo, criticó la implementación de los Departamentos de Bienestar Social, lo que le valió hostigamientos de las compañías de la región y la encarcelación por parte de las autoridades locales que lo inculparon de un atentado dinamitero (Videla, Venegas y Godoy, 2016). Una vez en libertad, después de una reclusión de casi seis meses en la cárcel en la ciudad de Coronel, en 1925 reapareció en la ciudad de Concepción actuando como miembro activo de la *Industrial Workers of the Word* (IWW) fundada en 1919, luego de ser suspendida su militancia en la FOCh producto de discrepancias con dirigentes de la zona carbonífera. Desde el momento de su adscripción al movimiento libertario, Juan Segundo Montoya participó en las más importantes organizaciones que animaron el siglo XX en Chile. En la IWW militó desde 1925 hasta 1929, año en que emigró a la ciudad de Osorno tras la instauración, en 1927, de la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo y como consecuencia de la represión a la que fue sometido (Godoy, 2012, pp. 49-71).

83

En el sur de Chile fue parte de un grupo que realizó propaganda clandestina contra el régimen autoritario de Ibáñez, en compañía de anarquistas como Osvaldo Solís, Antolín Moreno y Wenceslao Canales entre otros y otras. Una vez finalizada la dictadura, entre los años 1931 y 1942 se desempeñó como el principal organizador de la sección austral de la Confederación General de Trabajadores (CGT) -la FOLO- que nació con la finalidad de rearticular al anarcosindicalismo criollo disperso producto de los embates represivos de Ibáñez. Durante esos años fue además parte de la Federación Anarquista de Chile (FACH), organización específica –que nació en 1933 homologando a la Federación Anarquista Ibérica (FAI) de España (Gómez, 2002; Christie, 2010)-. Producto de su incansable tarea propagandística sufrió nuevamente la prisión política, junto a otros anarquistas (Luis Heredia, Ernesto Miranda, Pedro Ortúzar, Luis Soza), siendo relegado al campo de concentración de la Isla de Más Afuera en el Archipiélago de Juan Fernández (Muñoz, 2013, pp. 76-77; *La Antorcha*, 1° de mayo de 1927, p. 7).

10 Entrevista Sergio Montoya Espil (2017) y Juan Carlos Montoya Castillo (2013).

11 Ibid.

En libertad, y en especial desde 1936, solidarizó con los anarquistas españoles de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y a través de la Federación Obrera Local de Osorno de la CGT coordinó múltiples actividades político-culturales en la región que tuvieron como objetivo recaudar dineros para la compra de pertrechos y armas en apoyo a la “España leal”. Organizó muestras fotográficas, jornadas de recolección de dineros por las calles, charlas informativas en plazas y locales obreros y onces frugales, entre otras instancias de vida societal (Godoy, 2014).

Sin duda, el periodo en el que Juan Segundo Montoya vivió en Osorno (1929-1942), fue el más productivo en tanto se constituyó como el director responsable (y el principal articulista) del periódico anarquista *Vida Nueva*, editado en la ciudad entre 1934 y 1942, vocero de la CGT en la zona sur. Es durante estos años, además, cuando publicó sus primeros folletos anarcosindicalistas (La organización y la cultura, 1931; Un llamado a los campesinos, 1933; Defendamos las tierras de la región austral, 1938) y libros naturistas (Cocina naturista, 1933) y combatió al “nacismo” criollo, que emergió con fuerza tras el estallido de la II Guerra Mundial en Europa entre los colonos alemanes del sur de Chile.

Mientras en la zona central el anarquismo se replegó en relación al período previo a la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931), en el sur, después de ésta (1931-1942), Juan Segundo Montoya y sus compañeros contribuyeron a su revitalización y le dieron nuevos bríos al elaborar una “lectura” anarquista -en clave regionalista- de las problemáticas locales. Paradójicamente la desarticulación de las organizaciones sindicales constituidas en el período previo a 1927, permitió que el anarquismo en la ciudad arraigara con inusitada fuerza ya que no tuvo competidores dentro del campo revolucionario. Las agrupaciones creadas por los militantes cegetistas, desde 1931 en adelante, llenaron el vacío que dejó la represión respecto de aquellas organizaciones que apostaban por ir más allá del mutualismo y los postulados demócratas.

Desde el punto de vista teórico, Montoya, nutriéndose de los clásicos del anarquismo (Kropotkin, Bakunin y Proudhon, en particular) y reivindicándolos en tanto se sentía heredero de ellos, planteaba que para realizar un proceso de transformación “social” revolucionario debía partirse primero desde lo “individual” (*Vida Nueva*, 30 de octubre del 1937, p. 4). Ya que sólo si los seres humanos se emancipaban individualmente, al mismo tiempo lo haría la sociedad en su conjunto avanzando a un estadio superior de “perfección”. A propósito de esto último señalaba: “Sabemos que no podemos transformar la sociedad, si no hemos conseguido transformar al hombre” (*Vida Nueva*, 15 de octubre de 1934, pp. 1 y 4). Es por este motivo que imbricó las propuestas anarquistas con el naturismo (libertario), en tanto, las primeras permitirían la transformación colectiva, es decir, subvertir el orden social hegemónico que diezmaba a los grupos humanos desposeídos, mientras que el segundo, la “reconversión” y metamorfosis a nivel individual, personal.

En relación al anarquismo, Montoya, planteó que el principal método para alcanzar el socialismo integral (o “socialismo libertario”), es decir, la construcción de una

sociedad “comunista” en lo económico y “libertaria” en lo político, social y cultural, era el anarcosindicalismo (*Vida Nueva*, 30 de octubre de 1934, pp. 1 y 4.). Sin embargo, para alcanzar dicho fin, previamente los sujetos debían estar “regenerados” y abolirse las instituciones que permitían la perpetuidad del *status quo*: el Estado, las religiones y el capitalismo. Según las concepciones anarquistas esta triada “explotadora” era la base que sustentaba el régimen de dominación y la guerra social desatada por los burgueses. Así lo manifestaba Montoya cuando señalaba: “Los anarcosindicalistas continuaremos luchando contra el Estado, la religión y la propiedad privada, por ser estos los principales factores de la guerra social; son estos factores los que generan los antagonismos de clase entre el conglomerado humano” (*Vida Nueva*, 30 de septiembre de 1934, p. 1). En consecuencia, para él, la “paz social” era una “farsa” ya que la existencia de “explotados y explotadores”, “gobernados y gobernantes”, demostraban en la práctica, lo contrario. “No puede haber paz en una sociedad donde una minoría de holgazanes tienen acaparadas las tierras y demás riquezas sociales, mientras una inmensa mayoría, los trabajadores, son oprimidos por la minoría capitalista convertida en gobernantes” (Ibíd). Por eso, según sus planteamientos, era necesario “despertar” a los explotados y “azotar” a los explotadores (*Vida Nueva*, 17 de noviembre de 1935, p. 4).

Para Montoya, los principales medios de lucha lo constituían, de este modo, los sindicatos y la propaganda revolucionaria, pero no descartaba la insurrección armada a partir de las propuestas del ruso Mijail Bakunin (*Vida Nueva*, 20 de diciembre de 1936, p. 3). Al igual que éste, pensaba que era preciso destruir para construir. Romper con los hábitos, tradiciones e instituciones anacrónicas y caducas. De hecho, así lo señalaba de forma explícita: “somos anarquistas definidos, rechazamos los códigos y leyes dictadas por los gobiernos; somos destructores e incendiarios; vamos destruyendo privilegios, tiranías, religiones y costumbres; vamos infiltrando en el cerebro de hombres y mujeres, los explosivos del Comunismo Anarquista, dejándolos aptos para estallar tan pronto sea encendida la mecha de la Revolución Social” (*Vida Nueva*, 15 de octubre de 1934, pp. 1 y 4).

En este sentido, reivindicaba el “odio” y la “destrucción” y le atribuía un importante rol por su carácter “fecundo”. Según sus planteamientos para “transformarlo todo” junto al amor debía existir el odio. Señalaba al respecto: “Los elementos que plasman el Universo se aman y se odian, se repelen y se atraen. La tierra y el aire, el fuego y el agua, luchan eternamente para mantener la armonía de esta maravilla que es la vida, en su infinita obra de creación y transformación no puede prescindir de dos fuerzas opuestas como son el amor y el odio” (*Vida Nueva*, 15 de julio de 1934, p.2). Pero en lo concreto ¿qué y a quién había que odiar? Montoya elabora una larga lista de elementos y actores que debía ser odiados: a los hombres ambiciosos (porque se “adueñan del poder”, “ultrajan” y “explotan”), al militarismo (porque “enjendra odio entre las naciones y prepara las guerras”), a las religiones (porque “santifican el arte de matar”), a la justicia burguesa (porque es la “mentira legalizada que aplasta y humilla a los pobres”), y finalmente la política y los caudillos (porque constituyen una “mentira convencional”). Es por este último motivo que, según sus postulados, la lucha institucional a través de partidos políticos (y sus propuestas estadocéntri-

cas) no hacía más que retardar la transformación social en tanto desorientaba a los individuos y desunía a los productores (a través de la “intriga”), ya que la representación anulaba sus capacidades y habilidades poniéndole límites a su libertad y a las instancias de deliberación creadas por éstos (*Vida Nueva*, 9 de octubre de 1937, p. 4).

Para lograr la emancipación individual, los métodos o tácticas propuestas por Montoya eran dos, por una parte, el naturismo integral y, por otra, la trofología, la ciencia de la alimentación (*Vida Nueva*, 7 de julio de 1935, p. 3). Ambas permitirían combatir los vicios que “degradaban” y “envilecían” a los seres humanos, ya que los invitaba a cambiar sus nocivos hábitos alimenticios, pero también a organizarse. Para Juan Segundo Montoya, la organización era inherente al ser humano. “El naturista que se niega a asociarse con sus congéneres cae en el egoísmo e incurre en errores contrarios a la naturaleza. Los pájaros, los animales y hasta los insectos con sociables, con mayor razón el hombre que es más evolucionado” (Ibíd).

De este modo, Montoya asumió la militancia revolucionaria como un acto de reconversión cuasi religiosa, una toma de posición, un “despertar” del oscurantismo que inexorablemente llevaría a que otros también lo hicieran. Es más, el deber del revolucionario era precisamente ese, diseminar las semillas de la anarquía, despertar las conciencias dormidas. Para Montoya, los militantes “donde quiera que vayan, nunca deben ir mano sobre mano y con los bolsillos desocupados [...] Hay que llevar siempre folletos, periódicos y manifiestos en los bolsillos con el fin de desparramar la semilla anarquista, a manos llenas por todas partes” (*Vida Nueva*, 1 de septiembre de 1935, p. 2). No había que perder ninguna oportunidad para hacer proselitismo político y tensionar el orden vigente.

Para Montoya, sólo el anarquismo y el naturismo permitirían la construcción de un nuevo orden social, “superior”, a través de un proceso revolucionario previo que socavaría las bases del régimen vigente. El ser humano “bueno” y “noble” por naturaleza -en un sentido rousseauniano-, era corrompido por instituciones autoritarias que creaban formas corruptas (y antinaturales) de convivencia. Por ende, había que terminar con ellas, sólo así se podrían enmendar los rumbos (*Vida Nueva*, 29 de enero de 1938, p. 3). De hecho, señalaba: “La naturaleza no hace buenos ni malos a los seres humanos, es el ambiente social el que lo corrompe, nuestro deber es reeducarlos, para ellos tenemos que renunciar a todo lo superfluo y encuadrar nuestra vida dentro de los preceptos biológicos que sabiamente dicta nuestra madre Naturaleza” (*Vida Nueva*, 29 de enero de 1938, p. 3).

En las filas de la Federación Obrera de Chile, Juan Segundo Montoya había comenzado su propio proceso de reconversión individual que lo radicaliza a medida que se autoeduca y hace dialogar teoría y práctica. De hecho, buscó siempre la reoalimentación continua entre ambas como señala Giampietro Berti (1975, p. 54). Para Montoya los discursos disociados de las prácticas eran sólo “palabrería”, y las prácticas escindidas de la teoría, llevaban a la confusión y la perpetuidad de la dominación en cuanto no había principios “nobles” que las sustentaran. Por esto mismo pensaba que los intelectuales (de “verdad”, “honestos”) debían estar al servicio de

la transformación social y no de su perpetuidad. En su artículo titulado “¿Porqué los intelectuales y políticos rechazan el sindicato y prefieren el partido?” después de criticar ácidamente a los “intelectualoides (sic)” (usa ese concepto) por “vivillos” y “arribistas” los invitaba a “abandonar sus bastardas aspiraciones” y “trabajar por la liberación de la clase obrera” (*Vida Nueva*, 25 de diciembre de 1937, p. 3). El rol que les atribuía Montoya era principalmente “educativo” ya que debían inculcar “conciencia de clase” (Ibíd).

En esta misma línea concibe al anarquismo como un sistema abierto de ideas con principios rectores, pero que son moldeables, en especial, a partir de la experimentación, del ensayo y el error. Lo antinatural, para él, es que éstas se estanquen, que no estén en permanente movimiento. Inclusive el “programa” trazado por los anarquistas debía ser flexible.

En la FOCh y en la IWW, Montoya aprende desde “el hacer”, en la práctica, a medida que lee y se nutre al mismo tiempo desde el punto de vista ideológico. Pero no sólo lee, a través de diversas instancias de politización colectivas aprende de otros con más experiencia. Es un agudo observador que socializa con sus pares, los escucha, dialoga con ellos, pone en tensión los postulados que pregona. Busca el debate, la confrontación de ideas. Es por este motivo que le atribuye un importante rol a la propaganda, a la diseminación de las ideas. Para Montoya, todos los oprimidos y explotados por el régimen capitalista debían sacudirse del yugo de la dominación política, económica y cultural mediante la autogestión y la crítica permanente de los pilares que sostienen al sistema de dominación. Es decir, las instituciones que lo reproducen.

Su amplio bagaje cultural nos da cuenta de su individual proceso de autoeducación y de politización. Juan Segundo Montoya se cultiva no sólo intelectualmente (lee poesía, sociología, historia, dramaturgia), sino también desde el punto de vista físico. Según sus concepciones, los portadores de la buena nueva anarquista debían ser sujetos íntegros, sanos y vigorosos (*Vida Nueva*, 17 de noviembre de 1935, p. 2). En una sola palabra: regenerados. Para tal fin le atribuye un importante rol a la educación en tanto permitiría la emancipación de los prejuicios de diverso tipo, especialmente religiosos y culturales introducidos por la Escuela y las Iglesias. Para él, la Escuela chilena vivía de “espaldas a la realidad y divorciada por completo de las necesidades espirituales de las nuevas generaciones” (*Vida Nueva*, 13 de noviembre de 1937, p. 3). En el caso particular de la Escuela en el sur de Chile, Montoya sostenía: “No se pueden poner en práctica sistemas pedagógicos cuando falla el material humano por falta de vitalidad física; no se pueden poner en práctica nuevos métodos educativos en locales ruinosos, estrechos e insalubres, como esos cuartuchos y bodegas indecentes que se conocen en la región austral y que para vergüenza nuestra le llaman escuelas primarias” (Ibíd). La Escuela “proletaria” debía estar ligada a la “lucha de clases” (Ibíd). Para Montoya era preciso sacudirse de la disciplina que inculcaban las podridas instituciones estatales tensionando la educación que, en lo particular, inculcaban los profesores “ganapanes”, pero también la nociva influencia que ejercían las tradiciones católicas, como la popular Fiesta de la Candelaria. A partir de estas

concepciones teóricas, Juan Segundo Montoya propició la creación de una de las secciones más activas de la CGT, la Federación Obrera Local de Osorno, FOLO.

Pero así como fue parte de la rearticulación del anarquismo después de la dictadura de Ibáñez, también lo fue de su crisis y descomposición a nivel nacional, coincidente con su migración de la ciudad de Osorno a Talca a inicios de la década de 1940. En esta última, editó nuevamente el periódico *Vida Nueva* entre 1946-1949 (fue su director) y cooperó en la organización y rearticulación de gremios locales tales como el de molineros, panificadores, suplementeros, comerciantes ambulantes, trabajadores de imprentas, entre otros. Asimismo, estuvo inmerso en el proceso de unificación del sindicalismo chileno de comienzos de la década de 1950 que desembocó en la fundación de la Central Única de Trabajadores (CUT) en 1953 (organización de la cual fue dirigente regional, en la ciudad de Talca), pero también de sus discusiones internas que trajeron como consecuencia la automarginación de los anarquistas el año 1957 (Godoy, 2014, pp. 143-153). Desde ese entonces, Montoya fue protagonista y espectador de la diáspora que vivió el anarquismo criollo en el movimiento de trabajadores en Chile hasta la década de 1980, en la que nuevamente se comenzó a recomponer en sintonía con la contracultura y el desencanto juvenil, aunque alejado del mundo sindical (Del Solar y Pérez, 2008; Godoy, 2018).

El periodo que vivió en Talca (1942-1988), estuvo caracterizado por la fragmentación que se verificó en el movimiento libertario criollo frente al avance de los partidos de izquierda (legalistas y extra-legalistas) y sus proyectos políticos de construcción del “socialismo desde arriba” y por los denodados esfuerzos de Juan Segundo Montoya por apoyar las iniciativas de los anarquistas en el exilio (Godoy, 2014, pp. 133-134). Asimismo, es durante este período en que se generaron profundas controversias en el mundo libertario por el estallido de la Revolución Cubana en 1959 (Peña, 2014; 2016) y su impacto en América Latina, y años más tarde por el triunfo de la Unidad Popular en Chile en 1970 y su fatal desenlace (Godoy, 2018).

En este nuevo contexto histórico Juan Segundo Montoya participó tanto en organizaciones anarcosindicalistas heterodoxas como específicas (de carácter más doctrinario y puristas). Entre las primeras, militó en el Movimiento Libertario 7 de Julio (ML7J) fundado en 1960, del cual fue delegado regional en Talca y cuyo vocero fue nuevamente el periódico *Vida Nueva* editado por él mismo durante el año 1964. Y tras la desintegración del ML7J fue miembro de la ortodoxa Federación Libertaria de Chile (FLCH), junto a José Ego Aguirre, Félix López (Karning, 1996), Ramón Domínguez y otros anarquistas de reconocida trayectoria política, organización crítica de la Unidad Popular (y de Salvador Allende) por pregonar, según sus planteamientos, un “falso socialismo” y “desorientar a los trabajadores” (Grupos Anarquistas de Chile, 1973).

Después del bombardeo a La Moneda, visitó durante breves períodos la ciudad de Osorno, alojándose en la casa de su antiguo amigo naturista (ex miembro de la CGT), Alfonso Fuica Morán, quién falleció durante el mes de diciembre de ese mismo año. En la casa de los Fuica González, implementó una precaria e improvisada consulta iriológica donde atendió a sus pacientes locales. Desde ese entonces, y con

74 años de edad, comenzó a destinar muchas de sus fuerzas a la “propagación” del naturismo libertario practicando la iriología en Talca, pero también en otros pueblos y ciudades de la región del Maule (San Clemente, Linares, Curicó, etc.) donde residía desde 1942. Con la misma finalidad viajaba una vez por mes al sur austral de Chile recorriendo las ciudades de Temuco, Puerto Montt, Valdivia y Osorno, entre otras. Durante la dictadura de Pinochet el naturismo fue, nuevamente, la enmascarada de las actividades políticas y sindicales de Juan Segundo Montoya. Pero no fue el único. Los antiguos libertarios de Osorno también llevaron cabo dicha estrategia tratando de hacer frente a la dictadura pinochetista. El peluquero Wenceslao Canales –amigo de Montoya desde la década de 1930 y ex militante de la CGT– fundó el Centro de Estudio y Cultura Naturista de Osorno en 1974. Era la segunda vez que ambos convivían en un régimen militar. El primero había sido el régimen autoritario de Carlos Ibáñez de Campo (1927-1931).

A fines de los años setenta y particularmente durante los años ochenta se fundieron dos generaciones de suma importancia en las transformaciones que empezaron a operar en el mundo libertario local (Godoy, 2018, pp. 227-266). A decir del militante anarquista Néstor Vega durante este período se complementaron el “elemento viejo y joven que lucha por dar vida a nuestras ideas, en un trabajo de base”. Es decir jóvenes con inquietudes político-sociales y los antiguos veteranos que permitieron la perpetuidad de la memoria libertaria a través de sus relatos orales. Ambos grupos, contaron con el apoyo de los anarquistas chilenos que vivían en exilio en Europa y de organizaciones libertarias del viejo continente. Es más, la profusa labor desarrollada por los libertarios en el exilio, especialmente en París, permitió la articulación de los pocos y dispersos militantes anarquistas en el interior hacia fines de la década de 1970 y comienzos de 1980. De este modo, podemos sostener que los principales nexos en Chile con los miembros del Grupo Pedro Nolasco Arratia de París (GPNA) y la Coordinadora Libertaria Latinoamericana (CLLA) fueron tres viejos militantes con amplias trayectorias dentro del mundo anarquista de la primera mitad del siglo XX: José Ego Aguirre (de Santiago), Juan Segundo Montoya (de Talca) y Julio Reyes (de Llo Lleo, San Antonio). El puntapié inicial o la base de partida como la define desde Europa, Néstor Vega en una de sus misivas (Carta de Néstor Vega a Φyvino Johnsen, París, 12 de marzo de 1980, p. 2).

89

Posteriormente y ya anciano, Montoya se abocó principalmente al cultivo del naturismo libertario del cual, como hemos señalado, fue uno de sus precursores en Chile desde comienzos del siglo XX, sin abandonar las filas anarquistas. Durante esos años fundó la Asociación Naturista de Talca (1976), organizó el 1er. Congreso Nacional de Naturismo en Talca (1983) y editó la revista *La voz del naturismo* (1985-1986), que se distribuyó a lo largo del país.

Para finalizar sólo resta señalar que muchos/as anarquistas en Chile se educaron en el naturismo bajo el sabio alero de Juan Segundo Montoya y su fecunda labor doctrinaria y propagandística. De hecho, el zapatero anarquista Guillermo González, ex miembro de la Federación del Cuero y Calzado (FONACC), en una entrevista realizada por los miembros del periódico *Opción Libertaria*, hace algunos años, recordaba a

propósito de los viejos ácratas de esta región que: “El más destacado afuera era Juan Segundo Montoya, de Talca. Era un compañero naturista y yo soy uno de los que seguí su huella hasta el día de hoy, de la cual no me pienso retirar” (Opción Libertaria, septiembre-octubre 2005).

El envío de cartas podía ser transversal, es decir, un dirigente mandaba cartas a todos los concejales y de todos obtenía un poco; o se enfocaba en uno o dos que podían cooperar más. En ambos casos, la expectativa de retribución era tamizada bajo la economía moral del intercambio recíproco.

Los vecinos y dirigentes vecinales no solo mandaban cartas a los concejales y otras autoridades políticas. La Municipalidad (al menos la Dirección de Desarrollo Comunitario, según constatamos) también recibía cartas o correos, con un formato preestablecido. Según la entrevista al funcionario municipal encargado de recibir las solicitudes tenían que expresarse mediante cartas (no correos, porque ahí no se podía poner un sello, señaló): “con los representantes legales, con el timbre de la junta de vecinos o la organización, para que les den respaldo”. Luego, se les daba seguimiento devolviendo a los solicitantes una copia del documento e indicando que habría una respuesta en el plazo de quince días hábiles. Por otro lado, las cartas enviadas a los concejales no tenían un formato ni tiempos de respuesta preestablecidos, por lo cual los dirigentes tomaban como referencia el formato de las cartas enviadas a la municipalidad para escribírselas a los concejales y otros políticos.

90

A modo de conclusión

La biografía de Juan Segundo Montoya así como la de otros/as anarquistas de amplias trayectorias individuales a lo largo del siglo XX se convierten en representativas de una camino socio colectivo mayor: el de la militancia y cultura libertaria local (Margarucci, 2016, pp. 28-39). De este modo, el enfoque biográfico nos permite recomponer no sólo a los “diversos Montoyas”, u otros anarquistas, en tanto individuos complejos y multifacéticos, sino también la trayectoria de una generación social y cultural más amplia que operó en contextos políticos, económicos sociales y culturales determinados en Chile signados por la represión.

En este sentido las biografías de anarquistas no constituyen un fin en sí misma, sino una forma de acercamiento fructífera a la historia de una cultura política, la libertaria: de fisonomía híbrida, contradictoria (en ocasiones) y de naturaleza no monista (Manfredonia, 1999, pp. 243-283; Barrio, 2015, pp. 255-283). Así concebida, la biografía adquiere una “naturaleza coral” (González, 2015, p. 26), en tanto el biografiado se convierte en representativo de un conjunto y de una trayectoria socio-cultural mayor, pero al mismo tiempo tipifica particularmente una experiencia concreta de clase. El enfoque biográfico nos permite, asimismo, analizar cuáles fueron las fuerzas personales, sociales, políticas, organizativas, culturales y económicas que dieron forma y constriñeron su comportamiento y pensamiento, en tanto Juan Se-

gundo Montoya y muchos otros activistas y militantes obreros son el producto de un tiempo y circunstancias particulares en el Chile del siglo XX. Además, el análisis biográfico nos obliga a interrelacionar y comprender el universo que rodeó y ayudaron a crear los/as anarquistas -en tensión con los militantes de otras trincheras ideológicas-, especialmente en las ciudades donde desempeñaron su labor política y sindical.

En consecuencia, este enfoque nos permite articular vida, ambiente y obra a través de un hilo conductor biográfico, ya que –como menciona el sociólogo Raúl Ruano- es un error pensar que las historias de vida son profundamente individualistas, pues dichas trayectorias se mueven constantemente a través de las estructuras que las condicionan, pero que no las determinan como ha demostrado el historiador Carlo Ginzburg y la microhistoria italiana (Ginzburg, 1991). Ya que, inclusive, los sujetos “excepcionales”, en tensión con los valores, normas y comportamientos hegemónicos nos proporcionan información para comprender y analizar un contexto histórico determinado, a partir principalmente de sus disquisiciones existenciales e ideológicas. La biografía en complemento con la historia social permite captar el sentido de totalidad de la vida explorando las experiencias de vida y de politización de aquellas personas cuyas existencias no son consideradas por la historia oficial y que en muchos casos entran a ella de forma disruptiva y violenta, tangencial. Como señala, nuevamente, Raúl Ruano “las historias de vida son una herramienta muy útil para acercarnos al conocimiento de la cuestión social, no en forma de generalizaciones abstractas, sino desde la praxis concreta de los sujetos. Obviamente ello no significa dejar a un lado los problemas estructurales-institucionales, sino más bien leerlos a través de las biografías” (Ruano, 2002, p. 201).

91

En el caso particular de Juan Segundo Montoya, su trayectoria nos permite comprender los diversos momentos y características del socialismo y anarquismo chileno del siglo XX. En primer lugar, pues operó siempre al sur de la capital tanto en espacios de fuerte politización, como lo era el Golfo de Arauco al despuntar el siglo XX (siendo militante de la FOCh), pero también en otros, en los cuales la politización popular y la configuración del movimiento obrero de corte radical fue más tardía (Osorno y Talca). De hecho, mientras en la década de 1930 el anarquismo de Santiago y Valparaíso comenzó su proceso de marginación dentro del movimiento obrero, en especial, por las políticas represivas y socio-laborales implementadas por Ibáñez durante su régimen autoritario, en Osorno y sus alrededores la labor propagandística de Montoya (y sus compañeros) permitió su dinamismo que se vio favorecido, a su vez, por el estallido de la Guerra Civil en España y el auge del antifascismo en el sur de Chile. La presencia de colonos alemanes en la ciudad de Osorno, importante desde la segunda mitad del siglo XIX, se constituye en un importante elemento a considerar para entender el arraigo del anarquismo a nivel local, ya que su contraparte estaba fuertemente organizada y tenía capacidad de convocatoria, lo que lo potencia. El avance del fascismo no sólo tenía que ver con los países europeos, era una realidad concreta que había que combatir. De igual modo, nos da cuenta de la movilidad de los sujetos anarquistas al interior de los Estados-naciones (y también fuera de sus límites) y su labor proselitista e intelectual. En este sentido, Montoya es el principal articulador de iniciativas libertarias en todas las ciudades del sur en las que reside.

Se destaca por su rol organizativa, pero también por plasmar en las páginas de periódicos obreros anarquistas, sus disquisiciones y elucubraciones.

Bibliografía

- Alvarado, M. (2015). *Manuel Astica. El revolucionario utópico. Biografía político-intelectual*. Santiago: Editorial USACH.
- Álvarez M. (coord.) (2018). *Bautista Van Schouwen. Que la dignidad se haga costumbre*. Santiago: Pehuén Editores.
- Álvarez, M. (2017). *Tati Allende. Una revolucionaria olvidada*. Santiago: Pehuén Editores.
- Amorós, M. (2007). *Antonio Llidó, un sacerdote revolucionario*. Valencia: PUV.
- Amorós, M. (2014). *Miguel Enríquez. Un hombre en las estrellas. Biografía de un revolucionario*. Santiago: Ediciones B Chile.
- Amorós, M. (2015). *Neruda. El príncipe de los poetas*. Santiago: Ediciones B Chile.
- Amorós, M. (2016). *Una huella imborrable. Antonio Llidó, el sacerdote detenido-desaparecido*. Santiago: Pehuén Editores.
- Amorós, M. (2018). *Allende. La biografía*. Santiago: Ediciones B Chile.
- Antileo, E. (2017). *Ríos que se cortan y memorias que se abren. En Pairican, F. La biografía de Matías Catrileo*. Santiago: Pehuén Editores. (pp. 13-20)
- Avendaño, D. y Palma, M. (2001). *El rebelde de la burguesía. La historia de Miguel Enríquez*. Santiago: Ediciones CESOC.
- Baigorria, O. (2008). *Anarquismo trashumante. Crónicas de crotos y linyeras*. La Plata: Terramar.
- Barrio, A. (2015). *Cultura política libertaria* (pp.255-283). En Forcadell, C. y Suárez, M. (eds.). *Las culturas políticas en la España de la Restauración y la República (1876-1936)*. Madrid/Zaragoza: Marcial Pons/Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Bazant, M. (2013). *Biografía. Modelos, métodos y enfoques*. México D.F.: El Colegio Mexiquense.
- Bazant, M. (2018). *Retos para escribir una biografía*. En *Secuencia* (N°100), pp. 53-84.

- Berti, G. (1975). *Sobre historiografía del anarquismo*. En *Reconstruir* (N° 99), 47-56.
- Burdiel, I. (2014). *Historia política y biografía: más allá de las fronteras*. En *Ayer* (N° 93), 47-83.
- Casanova, J. (2015). *La historia social y los historiadores ¿cenicienta o princesa?* Barcelona: Crítica.
- Cayuqueo, P. (2015). *Huenchumilla, la historia del hombre de oro*. Santiago: Catalonia.
- Christie, S. (2010). *¡Nosotros los anarquistas! Un estudio de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), 1927-1937*. Valencia: Universitat de València.
- Craib, R. (2017). *Sedentary Anarchists* (pp. 139-156). En Bantman, C. y Alena, B. *Reassessing the Transnational Turn. Scales of Analysis in Anarchist and Syndicalist Studies*. Oakland: PM Press.
- Craib, R. (2018). *Santiago subversivo 1920*. Santiago: LOM Ediciones.
- Del Solar, F. y Pérez, A. (2008). *Anarquistas. Presencia libertaria en Chile*. Santiago: RIL Editores.
- Delhom, J. (2012). *Dos décadas de publicaciones sobre el anarquismo español: 1990-2011. Inventario ordenado precedido por un breve comentario*. En *Germinal* (N°10), pp. 55-96.
- Dosse, F. (2007). *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Dosse, F. (2012). *El giro reflexivo de la historia. Recorridos epistemológicos y atención a las singularidades*. Santiago: Universidad Finis Terrae.
- Dosse, F. (2018). *Castoriadis. Una vida*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Ealham, C. (2016). *Vivir la anarquía vivir la utopía. José Peirats y la historia del anarcosindicalismo español*. Madrid: Alianza Editorial.
- Echeverría, M. (1993). *Antihistoria de un luchador. Clotario Blest, 1823-1990*. Santiago: LOM Ediciones.
- Ferrer, C. (2006). *Cabezas de tormenta. Ensayos sobre lo ingobernable*. Buenos Aires: Anarres.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

- Ginzburg, C. (1991). *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Editorial Muchnik Editores.
- Godoy, E. (2007). 'Sepan que la tiranía de los de arriba, enjendra la rebelión de los de abajo'. Represión contra los anarquistas: La historia de Voltaire Argandoña y Hortensia Quinio (Santiago, 1913). En Cuadernos de Historia (Nº27), 75-124.
- Godoy, E. (2012). '*La vida por la libertad*'. *El asesinato de Osvaldo Solís Soto y el auge del anarcosindicalismo en Osorno (1929-1932)*. En Espacio Regional (Nº9), 49-71.
- Godoy, E. (2014). *Juan Segundo Montoya Nova. La consecuencia de un anarcosindicalista y naturista libertario en Chile (1899-1988)*. Santiago: Editorial USACH.
- Godoy, E. (2014). *Las luchas internas de la Central Única de Trabajadores (CUT) y el paro del 7 de julio de 1955: Dos tradiciones obreras en pugna*. En Yuyaykusun (Nº 7), 143-153.
- Godoy, E. (2018). *Una transición antes de la transición. Las transformaciones del anarquismo en Chile (1973-1994)* (pp. 227-266). En Ponce, J. Pérez, A. y Acevedo, N. (comps.). *Transiciones. Perspectivas historiográficas sobre la posdictadura chilena, 1988-2018*. Valparaíso: Editorial América en Movimiento.
- Goicovic, I. (2005). *Entre el dolor y la ira. La venganza de Antonio Ramón Ramón. Chile, 1914*. Osorno: PEDCH-Editorial Universidad de Los Lagos.
- Gómez, J. (2002). *Historia de la FAI*. Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo.
- Gómez-Navarro, J. (1998). *En torno a la biografía histórica. Documentos de Trabajo. Seminario de Historia Contemporánea*. Madrid: Instituto Universitario Ortega y Gasset.
- González, M. (2015). *Raymond Carr: La biografía de un historiador* (pp. 491-518). En Burdiel, I. y Foster, R. (eds.). *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza: Institución Fernando El Católico.
- Grez, S. (2011). *Magno Espinoza. La pasión por el comunismo libertario*. Santiago: Editorial USACH.
- Harambour, A. (2004). '*Jesto y Palabra, Idea y Acción*'. *La Historia de Efraín Plaza Olmedo* (pp.137-193). En *Colectivo Oficios Varios, Arriba Quemado el Sol. Estudios de historia social chilena: Experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1839-1940)*. Santiago: LOM Ediciones.

- Herrero, V. (2017). *Después de vivir un siglo. Una biografía de Violeta Parra*. Santiago: Lumen.
- Iggers, G. (2012). *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Santiago: FCE.
- Karning, D. (1996). *Félix Lopez and the Chilean labor movement. Portrait of an anarchist in 20th century Latin America an oral testimony*. Thesis Master of Arts. University of Miami.
- Lagos, M. (2012). *Los subversivos. Las maquinaciones del poder “República” de Chile, 1920*. Santiago: Editorial Quimantú.
- Lagos, M. (2017). *El anarquismo y la emancipación de la mujer en Chile, 1890-1927*. Santiago: Centro de Estudios Sociales Lombardozi.
- Lagos, M. (2019). *Feminismo obrero en Chile. Orígenes, experiencias y dificultades. 1890-1930*. Santiago: Sin editorial.
- Levi, G. (2003). *Los usos de la biografía*. En Revista de Temas Socio-Jurídicos (N°44), 139-151.
- Levillan, P. (1996). *Os protagonistas da biografia* (pp. 141-184). En Remond, R. *Para uma historia política*. Río de Janeiro: Fudação Getulio Vargas.
- Manfredonia, G. (1999). *Persistence at actualité de la cultura politiqué libertaire* (pp. 243-283). En Berstein, S. (ed.). *Les cultures politiques en France*. Paris: Editions Seuil.
- Margarucci, I. (2016). *El movimiento a través de un “prisma”. Luis Cusicanqui Durán en el auge y ocaso del anarquismo boliviano (1920-1940)*. En La Brecha (N°3), 28-39.
- Migueláñez, M. (2018). *Más allá de las fronteras: el anarquismo argentino en el período de entreguerras*. Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Muñoz, V. (2009). *Armando Triviño: Wobblie. Hombres, problemas e ideas del anarquismo en los años veinte. Vida y escritos de un libertario criollo*. Santiago: Editorial Quimantú.
- Muñoz, V. (2011). *Cuando la patria mata. La historia del anarquista Julio Rebosio (1914-1920)*. Santiago: Editorial USACH.
- Pairican, F. (2017). *La biografía de Matías Catrileo*. Santiago: Pehuen Editores.

- Palomera, A. (2015). *La mujer anarquista. Discursos en torno a la construcción de sujeto femenino revolucionario en los albores de la "idea"*. En Izquierdas (N°24), 21-56.
- Palomera, A. y Pinto, A. (comps.) (2006). *Mujeres y prensa anarquista en Chile (1897-1931)*. Santiago: Ediciones Espiritu Libertario.
- Peña, F. (2014). *El anarcosindicalismo en Chile (1957-1965)*. Tesis inédita para optar el título de Profesor de Historia y Geografía. Santiago: UMCE.
- Peña, F. (2016). *La opción guerrillera. La revolución cubana y los anarquistas de la región chilena (1959-1965)*. Ponencia I Congreso Internacional de Investigadorxs sobre Anarquismo. Mesa 11: Nueva izquierda, años sesenta y setenta. 26-28 de octubre del 2016. CeDInCI-IDEAS-UNSAM. Buenos Aires Argentina.
- Pérez Ledesma, M. (1997). *La formación de la clase obrera. Una creación cultural* (pp. 201-233). En Cruz, R. y Pérez Ledesma, M. (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pinto, J. (2013). *Luis Emilio Recabarren. Una biografía histórica*. Santiago: LOM Ediciones.
- Possing, B. (2015). *En busca de las claves para un análisis biográfico: Natalie Zahle y Bodil Koch* (pp. 437-463). En Isabel Burdiel, I y Foster, R. (eds.). *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*. Zaragoza: Institución Fernando El Católico.
- Rojas, J. (2015). *Historiografía chilena reciente sobre el siglo XX: 1989-2014* (pp. 215-273). En Góngora, A. (coord.). *Anatomía de una disciplina. 25 años de historiografía chilena*. Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae.
- Ruano, R. (2002). *Sociología y anarquismo. Análisis de una cultura política de resistencia*. Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo.
- Salinas, M. (1980). *Clotario Blest*. Santiago: Arzobispado de Santiago-Vicaría de Pastoral Obrera.
- Salinas, M. (2011). *Clotario Blest. La causa de un Chile popular*. Santiago: Editorial USACH.
- Stone, L. (1986). *El pasado y el presente*. México D.F.: FCE.
- Tarcus, H. (2013). *La biografía colectiva. Por un diccionario de las izquierdas y los movimientos sociales latinoamericanos*. En Iberoamericana XIII (N° 52), 139-154.

- Videla, E., Venegas, H. y Godoy M. (eds.), (2016). *El orden fabril. Paternalismo industrial en la minería chilena, 1900-1950*. Valparaíso: Editorial América en Movimiento.

Periódicos y Revistas:

- *La Antorcha*. Buenos Aires.
- *Vida Nueva*. Osorno.
- *Opción Libertaria*. Temuco.

Documentos:

- Grupos Anarquistas de Chile (1973). *1886 Primero de mayo 1973. Día de protesta y conciencia social*. Santiago. Archivo Privado Familia Montoya-Gutiérrez.
- *Carta de Néstor Vega a Φyvino Johnsen*. París. 12 de marzo de 1980. Archivo Pedro Nolasco Arratia. París.
- Grupo Anarquista Libertad (1959). *Presencia anarquista*. La Calera: Ediciones Grupo Anarquista Libertad. Biblioteca Pública Arus de Barcelona.

97

Entrevistas:

- Entrevista a Juan Carlos Montoya Castillo (2013). Talca. 16 y 17 de julio.
- Entrevista a Sergio Montoya Espil (2017). Santiago. 22 de julio.
- Entrevista a Óscar Ortiz (2016). Santiago. 25 de junio.